

millarse aun lo bastante á su presencia: almas mezquinas y abyectas, dispuestas siempre á hollar al desgraciado para abrirse una senda entre sus ruinas, y prestar vasallaje al nuevo ídolo; las revoluciones en sus vaivenes casi continuos, en sus conmociones inmensas, arrojan de esos hombres á sus orillas, como el mar escupe los cadáveres: estos son los primeros en todo, en ensalzar y en deprimir, en hacer pedazos hoy el ídolo que ayer adoraban. Llámense hombres de circunstancias, y abundan y aumentan en número, á medida que el helado egoísmo reemplaza el entusiasmo del honor, y el ciego y versátil espíritu de partido al cordial y sincero amor de la patria. El jóven amalecita aspiraba á sacar un partido de una desgracia, que si bien abría á David el camino del trono, lloraba éste con toda la fuerza de su corazón, como la muerte de su rey y una gran calamidad pública. Gloriábase aquel de haber cometido un sacrilegio, como de un acto meritorio. Pero halló su merecido, cuando David, señalándole la muerte como premio de su acción, le dijo: «Tu boca ha dado testimonio contra tí cuando has dicho: He muerto al Ungido del Señor.» Porque entre los judíos, los reyes escogidos por Dios y consagrados por los profetas ó por los sacerdotes, estaban revestidos de un carácter doblemente augusto y respetado.

Vimos por último el canto fúnebre con que expresó David su dolor públicamente en la muerte de Saul y de Jonatás: canto notable por aquella concisión enérgica y sublime con que el alma de un héroe celebra la muerte de otro héroe; dolor magestuoso y profundo, mezcla magnífica de recuerdos y ternuras, y en el cual se percibe aquel resplandor sombrío que brilla por entre los vapores del sepulcro en donde duerme el fuerte, semejante al colorido que supo dar el autor del Osian á los cantos de guerra y de muerte de los héroes tenebrosos del Morven.

Todo Israel repitió este himno, expresión del público sentimiento, y elogio legítimo de Saul. Este príncipe tuvo en efecto eminentes calidades: mostróse hasta el fin de su vida intrépido y liberal. Pero en cambio, su muerte quedó en la historia religiosa del

mundo como una lección dada á todos los poderes que, tráfugos de la justicia y por ella abandonados, reclaman en vano su salud de recursos miserables y estériles. El derecho es inmortal y sagrado, y tarde ó temprano encuentra un vengador; la fuerza es transitoria y ciega, y no es raro que aquel que es su árbitro invisible, la vuelva súbitamente contra lo que ella estaba encargada de defender. ¿Qué hay en la superstición, la cual de sí es mentira y debilidad, para prevenir ó detener los golpes descargados por una mano que es verdad y poder? Al contrario, un castigo reservado coje algunas veces á los que se empeñaron abiertamente en escapar de las manos de Dios, ó en suprimir su intervención en el mundo: y entónces su caída toma un carácter imprevisto y proporciones solemnes, que aparecen como una traza profunda del paso de la Providencia en medio de los acontecimientos humanos.

Para conclusión de las téticas escenas de Endor, nos ha parecido muy al caso trasladar aquí la escena III del acto IV del *Saul* de la señora de Avellaneda, que en tan bellos como valientes rasgos la describe. En esta reproducción deseamos que la distinguida escritora no vea mas que el aprecio que su bien acabada producción nos merece. A mas de que, nadie sabrá pintar mejor á una mujer, que una mujer misma.

ESCENA III.

SAUL. LA PYTONISA DE ENDOR. ABNER, *que luego se retira, y al final la sombra de SAMUEL.*

Pytonisa.

(*Se oye su voz antes de salir en la escena.*)

¿Por que arrancarme á mi pesar ¡oh insanos!
de mi triste mansion? ¡Dejad que huya!

Yo no conozco el mundo de los hombres:
de vuestro sol la lumbre me importuna,

y pronto debe aparecer triunfante.
 ¡Dejadme ir! mi lúgubre espelunca
 es el imperio de la eterna noche;
 mas en ella se enciende, sin que luzca
 para profanos ojos, luz de ciencia,
 sol misterioso que jamás se anubla.

Abner.

Pronto á tu asilo volverás, mas debes
 pruebas dar de la ciencia en que se funda
 tu justo orgullo. (*Vase señalándole á Saul*).

Saul.

Llega: yo te aguardo:
 ¿Sabes quien soy, mujer?

Pytonisa.

El que con ruda
 violencia aquí me arrastra, solo dijo
 que eres guerrero de modesta alcurnia:
 mas sé tu nombre.

Saul.

¡Dilo! de tu ciencia
 esa señal me dá.

Pytonisa.

Si de ella dudas,
 ¿por qué ¡Saul! á tu presencia vengo?
 Tú, que en un tiempo con insana furia
 á mis tristes hermanos perseguías,
 ¿por qué me llamas hoy?

Saul.

No he sido nunca
 el enemigo de la ciencia: cuando
 los magos perseguí con saña injusta,
 era instrumento de envidiosa raza
 que gobernaba mi razon ilusa.
 Los sacerdotes y Samuel, lanzando
 contra vosotros pérfida calumnia,
 extendieron la voz de que el infierno
 vuestro acento dictaba.

Pytonisa.

Solo es una
 la gran cadena de los séres: toca
 un extremo á la nada, y la otra punta
 en el cielo se pierde. ¿Quién las llaves
 tiene del porvenir, ó quién usurpa
 derechos del que guarda en lo infinito
 el foco eterno de sapiencia suma?
 Toda voz es de Dios, si verdad habla.
 ¿Qué voz pudiera semejar la suya?
 Cuando esa voz esplica los arcanos
 á par el cielo y el infierno escuchan;
 que ella en la inmensa creacion resuena,
 y de la cumbre hasta al abismo cruza.

Saul.

Poco me inquieta ya que el cielo sea,
 ó el infierno quien oiga mi consulta.
 Haya un poder contrario á mi enemigo,
 y á él se liga Saul.

Pytonisa.

¿Mas qué te impulsa,
miseró rey, á conducir mi mano
con loco empeño á la funesta urna
donde el destino sus secretos guarda?
A esa fatal curiosidad renuncia:
¡Yo te lo ruego!

Saul.

(*Impaciente*). Si apariencia solo
no es tu vasto saber, ¿cómo te excusas
de ostentarlo ante mí?

Pytonisa.

¡Rey desdichado!
¡no está mi alma de piedad desnuda!

Saul.

Penetro tu intención: amedrentarme
presumes con imágenes confusas
de fingido terror, y escapar piensas
sin que patente sea tu impostura.
¡Mas no lo has de lograr! confiesa al punto
tu ignorancia, mujer, si no pronuncias
lo que saber pretendo.

Pytonisa.

¡Tú lo quieres!
¡Y bien, rey de Israel! ¿qué me preguntas?

Saul.

El odioso rival que hallar anhelo,
¿en qué confín recóndito se oculta?

Pytonisa.

Cerca de tí respira.

Saul.

¿De mí cerca
Puede hallarse David?.....

Pytonisa.

Sus huellas busca
en la tierra que pisas.

Saul.

¿No me engañas?

Pytonisa.

No te engaño; Saul.

Saul.

¡Oh! ya columbra
mi mente la verdad. Del filisteo
se hace amigo el traidor: ¡le presta a yuda,
y se introduce como vil espía
de su pueblo en el campo!

Pytonisa.

¡Tú lo juzgas,
que no yo, rey!

Saul.

Allí, donde se encuentra
ansiaba hallarle mi furor! ¡Ocupa
un punto digno de su excelsa gloria!
¡Oh! ¡que al incircunciso se reuna!

que con él venga á disputarme el cetro;
ya mi impaciencia á su pereza acusa!

Pytonisa.

¡Sí! ¡le verás por tu desgracia tarde!

Saul.

¡Aun en los bordes de la tumba oscura
conmigo le hundiré!

Pytonisa.

¡Qué horrible suerte!
¡El negro espanto mi garganta anuda!.....
Un helado sudor cubre mis miembros.....
¡Oh, qué cuadro fatal!.....¡mi vista ofusca
denso vapor de sangre!.....¡Deja, deja
que á lo mas hondo de mis antros huya!

Saul.

¡No! ¡que explicarme sin misterio debes
cuanto ese horror artificioso anuncia!

Pytonisa.

¡No lo intentes jamás, padre infelice!

Saul.

¡Pytonisa de Endor! sobrado abusas
de mi paciencia ya: tiembla si excede
á mi bondad la pertinacia tuya.
¡Descorre el velo de mi suerte! ¡quiero
penetrar hasta el fondo!

Pytonisa.

¡No retumban

allá en tu corazon las roneas voces
que pronunció su boca moribunda?

Saul.

¡Samuel! (*Extremeciéndose.*)

Pytonisa.

¡Cayó. cuando la pura sangre
de los hijos de Aron, que humea inulta,
manchó tu frente régia: allí se ostental

(*Saul lleva maquinalmente su mano á la frente, y la deja caer
sobre su pecho.*)

¡Sí, tu mano la toca; mas convulsa
cae, y en tu pecho criminal se ensaña,
cual si intentara desclavar la aguda
flecha del punzador remordimiento.
¡Es ya tarde, Saul! La enorme suma
se completó de tus delitos. Llega
el momento cruel: fuerza es que sufras
la horrible expiacion!

Saul.

¡Oh! si no quieres
que de tu acento mi furor deduzca
que eres órgano vil de mi enemigo,
pruébame tu verdad!

Pytonisa.

¿Quieres que acuda
á atestiguarla un muerto?

Saul.

¡Quiero, maga,
que de mi tolerancia no hagas burla!

¡De cuanto has dicho la verdad me prueba,
ó castigo tendrá tu infame astucia!

Pytonisa.

¡Tiembra, infeliz, si accedo á tu demanda!

Saul.

¡Tiembra por tí, mujer! si lo rehusas!

Pytonisa.

¡Lo quieres!

Saul.

¡Te lo mando!

Pytonisa.

¡Desdichado!

¿Ves esa roca estéril, negra, ruda,
como tu corazón? En sus escombros
tú y el renuevo de tu estirpe angusta
muy pronto envueltos yaceréis.

Saul.

¡La prueba!

Pytonisa.

(Le lleva con violencia al sitio que le ha designado. La roca se estremece y cae á pedazos, dejando ver la sombra de Samuel, al principio confusa y progresivamente mas distinta.)

Ven á buscarla ¡rey!..... ¿de qué te asustas?

Saul.

Estos escombros que á mis plantas ruedan
anhelan sepultarme..... ¡se acumulan!

¡Suelta, hija del infierno!..... ¿qué pretendes?

Pytonisa.

Probarte mi verdad, pues de ella dudas.

¡Alza los ojos, rey!

Saul.

(Cayendo de rodillas.) ¡Samuel!

Pytonisa.

¡Su sombra

se alza á prestarme testimonio: escúchala!

(Desaparece por entre las peñas.)

Saul.

¡Samuel! ¡Samuel! ¡Oh sombra despiadada!

Sombra.

¡Rey de Israel, hollando estás la tumba
de tu estirpe infeliz: te están llamando
las víctimas de Nobe con voz muda,
y á encontrarlas irás apenas se alee
el nuevo sol que en el Oriente apunta!

(La sombra vuelve á velarse y desaparece. Saul arroja un hondo gemido y queda sin sentido.)

~~~~~